

RENATE PIEPER y PEER SCHMIDT (eds.), *Latin America and the Atlantic World/Essays in honor of Horst Pietschmann. El mundo atlántico y América Latina (1500-1850)*, Colonia, Weimar, Viena, Böhlau Verlag, 2003, 456 pp. ISBN 3412267058

El volumen aquí reseñado fue organizado como homenaje a Horst Pietschmann, tal vez el historiador de América Latina más prestigiado en Alemania, el que en los últimos años ha promovido como nadie más la historia atlántica en ese país. El libro reúne 25 ensayos escritos por autores de 13 países de Europa y América, que enfocan la historia del mundo atlántico desde diversas perspectivas, aunque predomina la latinoamericana, entre 1500-1850. Para reseñar un volumen colectivo como el presente se ha establecido como costumbre recurrir a declaraciones casi tópicas. Se suele señalar que no es fácil caracterizar la multitud de los temas tratados en un par de páginas, se constata que los textos que reúne son desiguales y se dan excusas de no poderles hacer justicia a todos. Estas observaciones, las que por cierto no son del todo falsas, en este caso tampoco son del todo ciertas, o al menos la situación es más compleja. El libro tiene un marco común que le da cohesión y lo sitúa en una de las vertientes historiográficas más activas de la actualidad: la historia atlántica. En este sentido, es un libro impecable. Los artículos son todos muy informativos y sugerentes. Si algunos de los textos reunidos me gustan más que otros, no es tanto por su calidad desigual, sino nace más bien de mis propias inclinaciones. Así he leído con especial interés el artículo de José Ángel Rodríguez sobre la historia de las misiones en Venezuela, o el trabajo de Carlos Marichal sobre la lógica fiscal del imperio español, mientras que otros me resultan más ajenos. Los artículos demuestran magníficamente y de forma sagaz que el Atlántico, a partir de 1492 y hasta bien entrado el siglo XIX, fue un escenario privilegiado de interacciones y relaciones transoceánicas, transnacionales, transculturales o interculturales, en todos los rangos del desarrollo histórico: la política,

la economía, la cultura o la religión. Tales procesos han encontrado gran atención por parte de la historiografía actual que trabaja con los lemas de la *Global History*, *World History* o, también, *Atlantic History*. Todas estas corrientes buscan superar los límites que la historia nacional, hegemónica desde el siglo XIX, ha impuesto a la comprensión, al análisis y a la interpretación de los procesos globalizadores que se han hecho patentes hoy en día. Aunque la situación actual se caracteriza, como todas las fases de la historia, en comparación con épocas pasadas por características peculiares y únicas, no nació de la nada y tiene su historia. En los debates sobre esta nueva historiografía supranacional, América Latina figura de una forma algo marginal, y los que marcan la pauta son sobre todo historiadores del mundo anglosajón. Así, otro mérito del libro es darle a América Latina un peso apropiado y dar voz a historiadores latinoamericanos. Es, en suma, un libro sugestivo de gran riqueza en cuanto a su contenido, que se lee con gran provecho para entender los siglos XVI al XVIII como un periodo formativo de la época que hoy denominamos la globalización.

Sin embargo, el párrafo antecedente puede parecer algo apolo-gético, pero era necesario subrayar las calidades de un libro en el que hay que criticar un aspecto sustancial. Éste es precisamente su marco espacial, su fundamento conceptual. Pues la utilidad heurística y explicativa del “Atlántico” para la investigación histórica queda en duda y surgen varias preguntas al respecto. Voy a insistir en este punto porque podría ser de interés más general que resumir los textos del libro uno por uno. Además estoy consciente que tengo una serie de distinguidos historiadores en contra, así que vale la pena argumentar un poco más extensamente.

Si se observa el Atlántico como espacio de interacción, y no cabe duda que había mucha de todo tipo en el periodo estudiado como bien lo muestra el presente libro, cabe preguntarse si estas interacciones bastan para constituir al Atlántico como espacio histórico propio. ¿Qué es el Atlántico?, ¿qué es la historia atlánti-

ca?, ¿para qué sirve la mirada atlántica? La introducción del libro es bastante reservado al respecto, mas hace referencia (p. 17) a un texto de David Armitage.<sup>1</sup> La consulta de este ensayo, del que existe también una versión española,<sup>2</sup> revela el dilema de toda la narrativa atlantista. Para empezar, el Atlántico está caracterizado por una gran heterogeneidad, lo que impide de antemano cualquier idea de definirlo a partir de algún determinismo geográfico.<sup>3</sup> No obstante, Armitage describe el Atlántico como un casi perfecto espacio natural, para después decir que fue un invento europeo. En esto hace bien, porque si el Atlántico en los mapas se ve como bien definido geográficamente, esto es sólo producto de nuestra cartografía eurocentrista: observando el mundo desde uno de los polos, la situación no sería tan clara. El Atlántico fue percibido desde Europa, es un invento y, por lo tanto, una construcción discursiva.<sup>4</sup> Hay que preguntarse, por consiguiente, si este espacio, esta superficie inmensa de agua y los países adyacentes, independiente de su descripción discursiva, se ha convertido realmente en un espacio histórico lleno de lazos de interacción, con estructuras o con rasgos comunes que le den cohesión. Hay que recordar que independientemente del famoso dictamen de Eric Hobsbawm de que las naciones son un invento, los Estados nacionales se han llenado con estructuras propias de gran fuerza, convirtiéndose en actores históricos y en el principio ordenador principal de nuestro mundo actual. ¿Pero el Atlántico?

---

<sup>1</sup> David ARMITAGE, "Three Concepts of Atlantic History", en David ARMITAGE y Michael J. BRADDICK (eds.), *The British Atlantic World*, Basingstoke, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2002, pp. 11-27 (p. 15).

<sup>2</sup> David ARMITAGE, "Tres conceptos de historia atlántica", en *Revista de Occidente* 281 (2004), pp. 7-28 (sin notas).

<sup>3</sup> ARMITAGE, "Tres conceptos", p. 16.

<sup>4</sup> Hay que subrayar que es un discurso relativamente nuevo; Alison GAMES, "Atlantic History: Definitions, Challenges, and Opportunities", en *The American Historical Review* 111/3 (2006), pp. 742-743.

Para repetirlo, el Atlántico se caracteriza a partir de finales del siglo XV como espacio de interacción intensa. Es cierto, además, que se pueden observar en el Atlántico unos subsistemas, por ejemplo el del comercio triangular y el *plantation complex*, o el sistema de la carrera de Indias o el Atlántico británico, con gran cohesión interna cada uno. Estudiarlos y profundizar el análisis de todos los complejos fenómenos y procesos que se daban en su formación es el innegable mérito de toda la corriente y de los artículos del volumen presente. Pero estos subsistemas, en su conjunto a mi parecer, no formaron ninguna unidad, por esto no es legítimo enfocar el Atlántico como espacio histórico propio. No hay fenómeno, estructura, red o discurso histórico hasta el siglo XX que de hecho cubriera todo y sólo el espacio atlántico. Unos quedan demasiado chiquitos, otros demasiado grandes, tal vez —y tomándolo con alguna reserva— con la única excepción del comercio de esclavos. El problema no es tanto que el mundo atlántico no tenga fronteras claras y fijas, como los coordinadores del volumen reconocen (p. 20), sino que desborde sus límites en unos casos y no cubra todo el espacio geográfico del Atlántico en otros, según el fenómeno que se investiga. Los diferentes vínculos e interacciones transoceánicas tenían cada uno diferentes configuraciones espaciales y también diferentes periodizaciones. El comercio transatlántico, descrito por Nicholas Canny (p. 32) como comercio de masa no afectaba a todas las zonas de la misma forma. En una región como Bohemia no dejó grandes consecuencias. En la red de las misiones jesuíticas, por contraste, como señala en este volumen Josef Opatrny (pp. 102-108) Bohemia desempeñó un papel importante y estaba relacionada tanto con la América española como con Asia, pero apenas con África o con Inglaterra. Los jesuitas centroeuropeos vieron su labor como parte de la misma empresa universal. Del Atlántico no hay rasgo en este programa. El Atlántico se extendió al Pacífico, en unos casos, y al océano Índico, en otros. Hay que recordar que sólo unos pocos años después del

primer viaje de Colón, que marca, según Armitage, el inicio de la historia atlántica, los portugueses llegaron a India y no mucho más tarde a Asia suroriental y oriental.<sup>5</sup> Las navegaciones a estas partes, sin duda alguna, a principios del siglo XVI eran para los europeos de mayor importancia que los contactos con América o África occidental. Todo el desarrollo posterior de la América ibérica o el surgimiento del comercio transatlántico no se pueden entender sin su integración comercial con Asia desde el principio. Así podríamos seguir. Por lo tanto, el Atlántico como sistema propio no existía. Es un mito. Si todas las nuevas “tranhistorias” tienen un mérito indiscutible, es el de haber superado (transgredido) las entidades claramente delimitadas (cultura, nación, clase, género, etc.) en las que se ha centrado la historia habitualmente, con una tendencia teleológica de prolongar estas entidades de forma ahistórica en el tiempo y de subestimar sus relaciones externas. Ahora bien, si estamos superando la historia nacional no veo el sentido en sustituirla por una nueva configuración espacial aún más discursiva que la nación.

Vale la pena ver cómo los autores del volumen enfrentan este problema. Da la impresión de que no se sienten muy cómodos con él. Hay unos que parecen evitar la simple mención de la palabra. Otros lo deploran en alguna parte de su texto, pero no le otorgan ninguna función explicativa. Hay dos artículos, los de Pieter Emmer y de Andreas Eckert, que lo critican muy claramente. Sólo el trabajo de Nicholas Canny, en su texto “Atlantic History and Global History” hace un intento por aclarar el concepto. Canny admite que no existe ningún acuerdo sobre lo que es la historia atlántica, “*It Might Be Said that There Are as Many Varieties of Atlantic History as There Are Atlanticists*” (p. 25). Aunque intenta

---

<sup>5</sup> Por lo tanto en el número 281 (2004), de la *Revista de Occidente*, dedicada a la historia atlántica, Rafael Valladares llamó su texto sobre Portugal “No sólo el Atlántico. Portugal y su imperio” (pp. 45-58).

sistematizar estos diferentes enfoques, su esfuerzo no aporta claridad a una posible definición del Atlántico. Considera esencial establecer el límite entre historia global e historia atlántica. Pero es interesante que no trace la frontera como línea geográfica, sino como una periodización. La historia atlántica describe la fase de la historia global que empezó con las navegaciones de Colón y tenía su culminación y fin en las revoluciones atlánticas entre 1770-1820, y se diluyó más o menos a partir de 1780 en un desarrollo más amplio, cuando los europeos finalmente tenían suficientes conocimientos para navegar sistemáticamente los océanos Pacífico e Índico (pp. 25-29). La periodización no sería tanto el problema. Los mismos cortes son defendidos por muchos representantes de la historia global. Pero la idea de un espacio de “globalización” cada vez más amplio que se expande de Europa al Atlántico y de allí al mundo atribuye a toda la cronología un carácter claramente eurocentrista y convierte a la historia global en una narración de la europeización del mundo o al menos en un proceso en que puedan haber participado todos, pero cuya dinámica se derivó sólo del avance de los europeos. Vale la pena ilustrar esto. Canny resalta (p. 32) que en el Atlántico ya se desarrolló tempranamente un comercio que suministraba un emergente “*mass market*” en América. Por lo tanto, esta forma de intercambio se distinguía del comercio que los europeos mantuvieron con Asia. Pero Canny no se pregunta por el comercio entre las diferentes partes de Asia, que desde la Edad Media había tenido un carácter más intenso que las navegaciones europeas alrededor del cabo de Buena Esperanza. Sin esta tradición comercial de Asia, la penetración occidental, el consiguiente comercio de lujo entre Europa y Asia y la intensificación de la influencia europea a finales del siglo XVIII y a principios del XIX hubieran sido imposibles. Además, los europeos participaban en los circuitos comerciales asiáticos desde la época de los portugueses, y el dinero (plata y oro) que les costaban sus actividades en Asia, daban uno de sus sentidos últimos a la economía minera

hispanoamericana y más tarde también brasileña. No se puede argumentar la importancia del Atlántico con la implícita premisa que lo que pasaba fuera del Atlántico era de importancia secundaria.

Canny confiesa que recientes publicaciones le habían hecho dudar de algunas viejas certezas en cuanto a la singularidad del espacio atlántico, por ejemplo el grueso volumen de Dirk Hoerder sobre las migraciones mundiales en el segundo milenio,<sup>6</sup> que pone de manifiesto los tempranos y amplios flujos migratorios fuera de la cuenca atlántica y sin la participación de sus habitantes (p. 30). Sin embargo, como reto principal Canny considera un libro de Christopher A. Bayly,<sup>7</sup> el que resta casi toda importancia a la clásica historia atlántica (y también a la historia global temprana), reduciendo todas las interacciones y relaciones transoceánicas y transcontinentales a unas redes arcaicas, con escasa o ninguna importancia para el desarrollo globalizador acelerado que Bayly observa a partir de 1780, aproximadamente. Sólo entonces Bayly considera, con el surgimiento de la modernidad occidental, de la industrialización, del Estado nacional y de un imperialismo de tipo nuevo, una historia verdaderamente globalizadora.<sup>8</sup> Habría que mencionar que la crítica de Pieter Emmer, en su aporte al volumen (“Barriers in the Atlantic. Success and Failure of the Minor European”), a los conceptos de la historia atlántica y, más aún, del “sistema atlántico”<sup>9</sup> es de la misma índole: ve las relaciones atlánticas fundamentalmente fragmentadas en los sectores de

---

<sup>6</sup> Dirk HOERDER, *Cultures in Contact: World Migrations in the Second Millenium*, Dirham, N. C. Duke University, 2002.

<sup>7</sup> Christopher Alan BAYLY, *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, Oxford, Blackwell, 2004.

<sup>8</sup> BAYLY, *Birth*, pp. 44 y 49-120.

<sup>9</sup> Véase también Pieter EMMER “In Search of a System: The Atlantic Economy, 1500-1800”, en Horst PIETSCHMANN (ed.), *Atlantic History. History of the Atlantic System, 1580-1830*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2002, pp. 169-178.

los diferentes imperios, así que la experiencia atlántica anterior al siglo XIX en poco o nada contribuyó a la formación de un espacio común e innovador. La argumentación de Canny, contra tales posiciones, me parece acertada. Resalta los siglos XVI-XVIII como una fase importante de interacción y modernización globalizadora. Pero sus argumentos se tambalean cuando con ellos quiere justificar la Historia Atlántica, porque sólo funciona en cuanto establece una identificación insostenible entre ella y este periodo histórico que –como hemos dicho– sólo de forma forzada y limitante puede definirse como atlántico. Según Bayly, el triunfo europeo se difundió desde Europa a todo el mundo, a partir de las revoluciones políticas, militares y navales del periodo de 1760-1830, pero según Canny, esto sólo fue posible, porque los europeos ya habían experimentado tal expansión en el Atlántico (p. 34). Por lo tanto, Canny no abandona tampoco el enfoque de la modernidad occidental, aunque la ve forjada por la experiencia atlántica a partir del siglo XVI. Ya hemos señalado el inherente eurocentrismo en estas ideas. Además, podría preguntarse ¿quiénes eran los portadores y actores atlánticos de la modernidad y de los cambios y rupturas que la acompañaban? Se percibe aquí cierto énfasis en la historia de las élites, sobre todo de las élites blancas, que no toma en cuenta los desarrollos propios de las clases subalternas.

Para ser más concreto, hay que decir que esta narración atlantista, más que eurocentrista, es anglocentrista. Hay ahí una interpretación de la historia que tiende a universalizar el modelo anglosajón de forma teleológica, se esconde en el concepto del Atlántico. Esta propensión está en el mero origen de toda la corriente. Sus raíces se pueden remontar a las tendencias antiaislacionistas de la historia del siglo XX en Estados Unidos durante la primera guerra mundial, pero creció con más fuerza durante la segunda guerra mundial y la guerra fría.<sup>10</sup> En otras palabras, más

---

<sup>10</sup> ARMITAGE, "Tres conceptos", pp. 9-12.

polémicas, se podría decir que la historia atlántica nació como la historiografía que la nueva superpotencia necesitaba para arraigar históricamente su compromiso internacional. Este concepto atlantista se enriqueció con una argumentación religiosa, que definió las tierras circunatlánticas como herederas de la tradición grecorromana y judeocristiana o de la civilización occidental, que tiene su última expresión en la democracia occidental que desde Estados Unidos conquistó el mundo Atlántico para iniciar de ahí su avance por el resto del mundo.<sup>11</sup> Canny escribe, por ejemplo: *It has to be conceded that it was in the Atlantic basin during the early-modern centuries that a complex society fashioned ultimately by a western desire to achieve a “market-driven uniformity” first came into being* (pp. 33-34); el subrayado es nuestro). Si este “deseo occidental” fue compartido por los esclavos africanos (convertidos en mercancías), los indígenas americanos, los campesinos europeos o al menos por el rey de España, es un tema por discutir. Ni siquiera hoy en día me atrevería a afirmar que goce del común consentimiento dentro del mundo llamado occidental.

Hay que hacer hincapié que la crítica aquí expresada no es nueva. En el volumen mismo, Andreas Eckert (*Atlantic History and the Black Atlantic*) reclama un espacio adecuado para África en la corriente. También Armitage se opone a esta estrechez, a su concepto implícito de homogeneidad racial y reclama la inclusión de África, del comercio de esclavos y de América Latina, viendo con aliento el surgimiento “de historias atlánticas multicolores, y de historias del mundo atlántico que no sólo incluyen el Atlántico norte anglófono”.<sup>12</sup> Sin embargo, los problemas tienen raíces muy profundas. La página web H-Atlantic se adorna con un mapa que

---

<sup>11</sup> Véase el elocuente recuento de Bernard BAILYN, *Atlantic History. Concepts and Contours*, Cambridge, M. A., Londres, Harvard University Press, 2005, pp. 108-111.

<sup>12</sup> ARMITAGE, “Tres conceptos”, p. 12.

muestra sólo el Atlántico norte.<sup>13</sup> Incluso un autor como Paul Gilroy que ha hecho el llamamiento más fuerte para un *Black Atlantic*,<sup>14</sup> no logra integrar a América Latina, con sus negros y sus propias relaciones con África, a su visión, como cuestiona también Eckert (p. 64).

Ahora hay que dejar muy claro que el volumen aquí reseñado como conjunto constituye un intento por romper este marco e integrar diferentes miradas al mundo atlántico. Es un intento importante y necesario. ¿Pero logra su objetivo? Ya por la reunión de sus artículos que tratan de diversas zonas se inclina uno a decir que sí y, de hecho, un libro como éste puede funcionar como un foro para que los diferentes mundos atlánticos se comuniquen. Pero la duda sobre el éxito persiste. Al hacer una revisión de sus respectivas bibliografías cabe la pregunta si ¿los historiadores reunidos de hecho se leen entre sí? Canny, el único autor del volumen que se somete a la tarea de definir qué se podría entender por historia atlántica, cita exclusivamente bibliografía publicada en inglés. Los otros autores anglosajones representados (y unos más) siguen —más o menos— el mismo estilo. Los hispanos, por su parte, se apoyan sobre todo en la investigación publicada en español, aunque no con la misma exclusividad. En el fondo, la división sigue. El diálogo todavía no ha empezado, sobre todo por el poder persistente de las diferentes tradiciones historiográficas que obstaculizan un enfoque común. Hay nobles excepciones, como Allan Kuethe, el que para su “The Colonial Commercial Policy of Philip V and the Atlantic World”,

---

<sup>13</sup> <http://www.h-net.org/~atlantic/> (3.5.2006). Sin embargo, la descripción dice: “H-Atlantic is an international online discussion list for Atlantic World History from 1500 to 1800. This an interdisciplinary list for scholars who study colonial North America and the United States, Europe, West Africa, the Caribbean, and South America in a transatlantic context”. Pero en la lista de reseñas aparecen exclusivamente libros en inglés.

<sup>14</sup> Paul GILROY, *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*, Cambridge, M. A., Harvard University Press, 1993.

como verdadero transgresor de fronteras, se basa sobre todo en literatura en español, o el de Carlos Marichal que, en “The Fiscal Logia of the Spanish Empire: New Spain and the Costs and Benefits of Colonialism, 1750-1810”, se muestra familiarizado con los dos campos. No obstante, un volumen como el presente, aunque constituye sólo un inicio, tiene el innegable mérito de haber hecho sentarse a la misma mesa a los historiadores de diversas partes. Tal vez los historiadores de zonas no tan centrales en la historia atlántica como Alemania o Europa central, en general, puedan desempeñar aquí una función mediadora en el futuro (al reclamar su pertenencia al mundo atlántico, suelen mostrarse –forzosamente– los más abiertos al elegir su bibliografía en los más diversos idiomas y de diferentes tradiciones historiográficas y más alejados también de las diferentes historiografías nacionales que reclaman su posición autónoma o hegemónica dentro del mundo atlántico).

Queda abierto para qué se necesita el Atlántico como margen común. Armitage escribe: “la historia atlántica [...] no ha generado un canon de problemas, acontecimientos o procesos. No sigue un método ni una práctica generales. [...] conduce a los historiadores hacia el pluralismo metodológico al tiempo que amplía sus horizontes. Seguramente es todo lo que se le puede pedir a un campo de estudio que empieza a constituirse”.<sup>15</sup> Pero un campo, sin temas, agendas y metodologías comunes no lo es, es sólo un reclamo, una afirmación. Todos los textos de este libro, con excepción del ensayo de Canny, funcionarían de la misma forma, si no se inscribieran en el intento de construir un espacio atlántico. No tiene nada malo estudiar interacciones en el espacio del Atlántico. Lo sospechoso es construir un espacio atlántico con historia común. Canny (p. 34) tiene razón al recordarnos que cada estudio de caso necesita ser inscrito en un marco más amplio: “that particular studies are of value only when they are related to a larger whole, and

---

<sup>15</sup> ARMITAGE, “Tres conceptos”, pp. 27-28.

that the whole for us must be the variegated commercial, political and social world of the Atlantic basin". Pero su conclusión revela el concepto cuestionable del espacio. Pues aunque es cierto que una investigación histórica sólo es de valor si se puede situar en un contexto más amplio que su propio tema, sería equívoco si este contexto se define en términos territoriales. Eso sería la lógica de la historia nacional, en la que el estudio de caso, de un pueblo o de una región, se justifica por su aporte a la comprensión de la nación como un todo. La historia nacional hoy en día es objeto de muchas dudas. Éstas no se resolverán si sólo las fronteras geográficas de nuestros intereses se amplían, aunque sin duda esto puede ser muy interesante en casos concretos. Para una historiografía adecuada a las inquietudes de los tiempos de la globalización, la historia global parece la opción más prometedora, siempre y cuando no se entienda como historia del mundo (porque esto caería en el mismo juego sólo con una dimensión aún mayor), sino como historia de relaciones de largo alcance, que traspasan fronteras de todo tipo y que se crean sus propias y flexibles configuraciones espaciales. Obviamente, la historia global corre los mismos peligros que la atlántica. Muestra a veces las mismas implicaciones hegemónicas de la historiografía occidental, sobre todo de la estadounidense, sobre el resto del mundo, y es un fenómeno fascinante como en todas las corrientes macrohistóricas *en vogue*, que reclaman para sí la transgresión metodológica de todas las fronteras nacionales o culturales, la vieja virtud intelectual de polilingüismo se está perdiendo. Aun así parece menos cuestionable –y al mismo tiempo mucho más exigente– el concepto de historia global, entendida como aquella que se centra en relaciones e interacciones a través del espacio, renunciando a una configuración espacial fija, que permita ver las configuraciones espaciales de cada fenómeno. El Atlántico en este enfoque no desaparecería de la agenda, sino se establecería como subdivisión o como una figuración espacial, al lado de otros, de ciertos procesos concretos.

“Hoy todos somos atlantistas”,<sup>16</sup> con esta frase de Armitage empieza también Canny su artículo. Pero sinceramente, espero que no sea así.<sup>17</sup> Esperemos que se sigan haciendo tantos estudios sobre los procesos históricos que se dan en el Atlántico, pero que desistan de describirlo como un espacio (o un periodo) de rasgos comunes, de construir una metageografía discursiva que impida en vez de contribuir a la comprensión de los procesos globalizadores del siglo XVI en adelante, y en las que las Américas en general, y América Latina en especial, tenían una parte tan importante y fascinante.

Bernd Hausberger

*El Colegio de México*

PETER GUARDINO, *The Time of Liberty. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850*, Durham y Londres, Duke University Press, 2005, VII, 405 pp. ISBN 0-8223-3508-5 y 0-8223-3520-4

Guardino desarrolla su argumento bajo una tipología derivada del marxista italiano, Antonio Gramsci, y emplea los conceptos de “hegemonía” o “grupos hegemónicos” y “subalternos”. Hay aquí, tal vez, la influencia de la comparación hecha por Florencia Mallon de la contribución popular en la formación de nación-Estado en México y en Perú en la segunda parte del siglo XIX. Sin embargo, esa estructura teórica no presta nada a sus argumentos, que en general, se fundan en las fuentes primarias, principalmente en los

<sup>16</sup> ARMITAGE, “Tres conceptos”, p. 7.

<sup>17</sup> Buscando en *Google*, el 6 de junio de 2006, en “Atlantic History” se encuentran aproximadamente 60 400 resultados, “Global History” produce 916 000; en español los resultados son los siguientes: 135 de “historia atlántica” *versus* 26 100 de “historia global”, en francés y en alemán las proporciones son similares.